

5.º domingo ordinario C

*Maestro, nos hemos pasado la noche bregando
y no hemos cogido nada;
pero, por tu palabra, echaré las redes. (Lc 5,5)*



Primera lectura

Isaías 6,1-2a.3-8

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Y vi serafines en pie junto a él. Y se gritaban uno a otro diciendo: – ¡Santo, santo, santo el Señor de los ejércitos; la tierra está llena de su gloria! Y temblaban las jambas de las puertas al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo.

Yo dije: – ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos.

Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano, que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: – Mira: esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado.

Entonces escuché la voz del Señor, que decía – ¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí? Contesté: – Aquí estoy, mándame.

Segunda lectura

1 Corintios 15,3-8.11

Hermanos y hermanas: Lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, después a todos los Apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Pues bien; tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído.

Evangelio

Lucas 5,1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: – Rema mar adentro y echad las redes para pescar. Simón contestó: – Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: – Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón: – No temas: desde ahora serás pescador de hombres.

Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Meditación

Primero Lucas ofrece un resumen de todo el ministerio de Jesús y, después, sólo después, nos habla de su llamada a los discípulos. La llamada se sitúa dentro del gesto simbólico de la pesca milagrosa y de esa forma alude al éxito y sentido de la actividad de los discípulos: continúan el gesto de la obra de Jesús. Tal es el sentido fundamental de nuestra escena.

Hasta ahora Jesús estaba solo: su palabra y sus milagros aludían simplemente a su persona. Desde aquí se encuentra acompañado; no sabemos todavía lo que ha buscado en los discípulos, pero podemos precisar ya su función: seguirán a Jesús y serán pescadores de hombres.

En la pesca sobre el lago está simbolizada para Lucas toda la actividad de Pedro y de la iglesia. Hasta entonces Jesús actuaba de una manera directa y personal; desde ahora actúa por medio de los hombres que les escuchan y cumplen su palabra (lanzan en su nombre las redes sobre el lago). Miradas las cosas desde fuera, parece que Jesús envía a los discípulos a un lago de aguas malas, enigmáticamente vacías de peces. Sin embargo, la voz del maestro ofrece mayor seguridad que toda la apariencia adversa de las aguas. Desde esa voz la pesca habrá de ser ampliamente milagrosa.

Cuando Lucas escribe su evangelio está pensando, sin lugar a dudas, en la gran pesca de la iglesia primitiva: aceptando la voz de Pedro y de los suyos son muchos los judíos y gentiles que han recibido el reino de Cristo. El mismo Lucas, al final del evangelio y al principio del libro de los Hechos, nos indica el sentido del envío de los discípulos: la glorificación de Jesús que sube al Padre se traduce en la misión que convoca a todos los hombres a la iglesia; la ayuda y la presencia de Cristo con los suyos se concreta en el Espíritu. Pues bien, todo lo que aquí se ha precisado expresamente se halla en germen en el signo de la pesca milagrosa.

La exposición precedente nos permite formular las siguientes conclusiones:

a) Para Lucas, discípulo es ante todo el mensajero y enviado de Jesús; en este sentido es necesario que la iglesia (todos los cristianos) aviven su conciencia de misión. b) La apariencia de inutilidad de la misión sigue siendo tan grande como al principio; por eso no debemos olvidar que el resultado no se funda en previsiones de carácter social y psicológico, sino en la misma fuerza del envío de Jesús y la presencia de su Espíritu. c) En la misión, los discípulos tienen que impartir aquello que Jesús ha realizado: su victoria sobre el mal, su ayuda a todos los perdidos, su mensaje de plenitud escatológica. Sin olvidar que el resultado de la pesca será escatológico, sepamos que su efecto puede vislumbrarse algunas veces desde dentro de este mundo.